

CATALUÑA



Un instante de la representación de 'Brundibár' en el Teatre Lliure de Montjuïc el pasado julio / TEATRE LLIURE

Un canto a la libertad desde el horror de los campos nazis

La ópera infantil 'Brundibár' salta de Terezín al Lliure

GUILLEM ANDRÉS, **Barcelona**
Entre 1942 y 1944 los prisioneros del campo de concentración nazi de Terezín (República Checa) encontraron en una ópera infantil una válvula de escape al horror que se vivía a diario. *Brundibár* fue un oasis de música en medio del genocidio

que permitió a las 141.184 personas que llegaron a vivir en este campo, abstraerse de la cruda realidad que les rodeaba.

Adrià Aubert sintetiza la obra como un "canto a la libertad desde la no libertad". Este artista fue uno de los centenares

de estudiantes de instituto que en 1998 representaron la pieza dirigida por un joven David Albet desde las majestuosas paredes del Liceo. A Aubert, entonces un alumno de 14 años interesado por la música, ese momento "le marcó bastante" y, de hecho, le permitió des-

cubrir su vocación por el teatro que le llevó a fundar en 2001 la compañía de teatro alternativa Els Pirates Teatre.

Maestro y alumno se unen para dirigir de nuevo esta noche la ópera infantil en el Teatre Lliure de Montjuïc en función única que será interpretada por 200 personas. Parte del elenco lo forman estudiantes de los institutos Quatre Cantons y Lluís Vives de Barcelona en una "experiencia de iniciación a la música", como señala el teatro que produce este texto junto al Festival Grec 2017 y que se podrá ver, por segunda vez, en el Lliure.

Brundibár fue compuesta por Hans Krása en 1938 y su sencilla historia nos habla de Aninka y Pepíček, dos niños pequeños, a quienes les falta dinero para comprar leche para su madre enferma y que se deberán enfrentar a Brundibár (el abejorro) que pretende arrebatar el dinero que finalmente logran ganar. Este músico de padres checo-alemanes respondió a la persecución contra los judíos negándose a componer música a partir de textos alemanes.

Krásá no pudo asistir al estreno de su propia obra al ser deportado a Terezín, a 60 kilómetros de Praga. Desde allí reescribió la ópera y la empezó a representar con niños de esta enorme prisión en la que murieron numerosos artistas y músicos judíos, por lo que se desarrolló una intensa y clandestina vida cultural, donde se llegaron a dar miles de conferencias y se representó el *Réquiem* de Verdi.

Los nazis aprovecharon la pieza de Krása para engañar al

mundo —al menos mientras duró la II Guerra Mundial— sobre las deplorables condiciones de Terezín. En verano de 1944 una delegación de la Cruz Roja entró en el campo para conocer cómo se vivía en él. Medio año antes, los mandos de las SS del campo trabajaron a consciencia para embellecer el lugar con jardines, juguetes y montando un decorado con piscina para la obra del músico checo que se representó ese día, en el que los nazis "vendieron" cínicamente el campo al exterior como una "ciudad balnearia".

Visita de superviviente

Albet recuerda con afecto la visita de una mujer anciana al estrenar la obra en el Liceo. Se trataba de uno de los apenas 500 niños que lograron sobrevivir a la matanza de Terezín, en el que 17.000 menores fueron asesinados. "Queremos que los chicos que formen la coral revivan, de alguna manera, lo que vivieron aquellos niños entonces", comenta el director, que ha trabajado conjuntamente con los profesores musicales de los centros para ensayar la obra en los institutos y el teatro.

A los alumnos les acompañan en el escenario el Grup Instrumental bcn2016, una iniciativa del propio Albet, junto a Ernest Martínez-Izquierdo y la Corals Musicorum de Esplugues de Llobregat. El Lliure propone trasladar a su público la historia de un puñado de artistas y niños que mostraron al mundo la perseveranza del ser humano para hacer frente a las situaciones más límites.

Bienvenidos al caos en la casa del orden

La visita a la intervención de Francesc Torres en el MNAC es una experiencia asombrosa

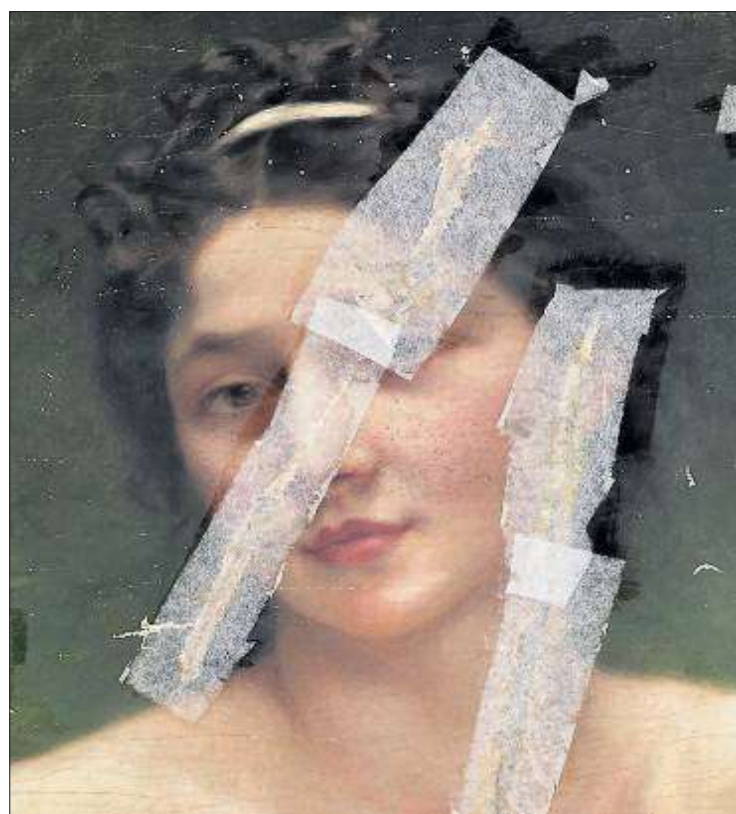
JACINTO ANTÓN, **Barcelona**
Relicarios barrocos observando boquiabiertos un Aston Martin que se ha dado una soberana pifia, una mujer mostrando el poblado sexo ante el mismísimo Alfonso XIII, un busto de la reina Isabel II que la multitud hizo rodar por las Ramblas y lanzó al mar (de donde fue pescado tiempo después), una granada Lafitte de la Guerra Civil estallada, unas puertas de Gaudí abandonadas en la calle, una estatua velada con un sudario de plástico como si fuera el mismísimo fantasma del Louvre... Todo esto y mucho más, incluida la galería de maltratadas pinturas de mujeres, la casa al revés, los bocetos de soldados republicanos en combate, las piezas embaladas, y a Buster Keaton esquivando piedras rodantes, puede verse (hasta el domingo, ¡no se lo pierdan!) en la sensacional exposición *La caja entrópica, el museo de objetos perdidos*, que ha organizado en el Museo Nacional de Arte de Cataluña (MNAC), ejer-

ciendo a la vez de artista y comisario, Francesc Torres, uno de nuestros creadores más universales y apasionantes.

Visitar lo que ha hecho Torres en las salas de exposiciones temporales del museo (y más si se va acompañado por él, un privilegio) es una de las experiencias más asombrosas y excitantes que se pueden vivir actualmente en Barcelona. Pocas veces se encuentra uno ante una propuesta tan inteligente, estimulante y polisémica.

A instancias de Pepe Serra, al que hay que felicitar por la buenísima idea de llevar a Torres al MNAC, el artista se pasó dos años buceando en las reservas del museo y emergió de ese viaje con un montón de obras "perdidas" variopintas, desde cuadros a capiteles y gárgolas, a las que su mirada ha dotado de un extraordinario nuevo sentido, enmarcadas en un inesperado discurso global. Una verdadera genialidad que te deja boquiabierto.

Torres juega con la idea de



'Muchacha sentada, semidesnuda', de Carles Pellicer Rouviere.

que todos esos objetos *trouvés*, metidos en una imposible caja gigante, hubieran caído desperdigados por el suelo al dar un traspíe en la escalera, dando lugar a un nuevo orden caótico que subvirtiese y reventase el natural, secular y tranquilizador, del museo.

Lo cierto es que la espléndida gamberrada entrópica del artista

(digna de un Belfegor) es mucho menos azarosa de lo que se deriva del enunciado de la propuesta. Las obras y objetos seleccionados y documentados exhaustivamente componen una pensadísima reflexión a diferentes niveles sobre la preservación y la destrucción de las obras de arte y el efecto aniquilador pero también extra-

ña y fascinantemente creativo que han ejercido sobre ellas los fenómenos naturales, las guerras, la intolerancia religiosa y política o incluso los planes urbanísticos.

Así, las pinturas quemadas de Sert de la catedral de Vic, vandalizada en el 36, devienen verdaderos Pollocks, la visita nocturna de los encelados seminaristas que en 1952 rajaron cuadros del MNAC de desnudos femeninos (que hermoso *El baño*, de Louis Buisseret) entronca con la actual violencia de género y con la actitud de un Fontana cortando el lienzo blanco o el ataque de la sufragista Mary Richardson contra *La Venus del espejo*; la plástica oficial de los Borbones (y sus vicisitudes) se confronta con las acuarelas satíricas *Los Borbones en pelotas* o las películas pornográficas que disfrutaba Alfonso XIII...

El paseo, que aparte de la introducción y el epílogo se puede realizar en el orden que se quiera, lleva a encontrarte con esas 29 puertas de la Casa Batlló que quedaron abandonadas en la calle en 1957, el arte republicano escondido (como los propios topos humanos en sus casas) en los fondos del viejo Museu d'Art Modern o la instalación final de piedras historiadadas, casas de naipes y bomba (de la Legión Cóndor) que resume la sabia pasión de Francesc Torres por el arte, la historia, la vida y su fragilidad.